

## **SOBRE HOMBRES Y MÁRGENES. RELACIONES ENTRE EL FEMINISMO Y LA TEORÍA QUEER**

*Beatriz Suárez Briones  
Universidade de Vigo*

¿Hombres y feminismo? Imposible. Antonimia sin viabilidad. Contradicción en términos. Una de esas preguntas que hacen enarcar una ceja y sonreír con ironía y seguramente un poco -¿o es un mucho?- de amargura. ¿Hombres y feminismo? No. Imposible.

Si hubiera sido posible -y eso que se conoce con el nombre de "segunda ola feminista" tiene ya por lo menos treinta años de historia de resistencia cultural y política organizada, el suficiente como para ganarse los compromisos que merece toda causa justa- este final de siglo sería distinto. Si hubiera sido posible, no tendríamos que lamentar la violencia sexual sistemática que deja víctimas mortales y profundas heridas psicológicas; serían innecesarias medidas de discriminación positiva a favor de las mujeres; no volveríamos a tener que vivir el bochorno de que un Parlamento mayoritariamente masculino discuta la aprobación de un cuarto supuesto en la legislación sobre el aborto -supuesto sin el cual, no lo olvidemos, se persigue judicialmente que una mujer decida sobre su propio cuerpo- y, por supuesto, vote en contra. Si fuera posible no sería ya necesario tener que denunciar el sexismo flagrante del Diccionario de la Real Academia Española, y ser testigos de la enconada defensa de la real fratría por uno de sus paladines (¿debemos recordar todavía que esa real institución tiene una sola académica entre sus ... miembros?)<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup>Para más amplia noticia de esta información, léase el artículo de *El País*, sábado 19 de septiembre de 1998, "Expulsadas del diccionario".

¿Hombres y feminismo? ¿Acaso no sabemos que en las facultades de Filología Hispánica del estado español las escritoras siguen sin existir (salvo seguramente la terna imprescindible, la cuota de representación mínima Rosalía/Emilia/Cecilia) y que empeños en la inclusión de la escritura de mujeres -como el de mi colega de Facultad María Jesús Fariña Busto en su curso monográfico de "Escritoras contemporáneas latinoamericanas"- son esfuerzos suicidas en asignaturas optativas de incierto futuro? ¿Acaso no sabemos que nuestros compañeros no leen a escritoras ni muchísimo menos a críticas feministas?

¿Hombres y feminismo? No. Imposible. Aunque siempre nos quedan los Tiresias, como los llama mi amiga Iris Zavala. Los hombres de la frontera, los que han abandonado la comodidad sin fisuras del centro para vivir en ese espacio arduo y tantas veces invivible de los márgenes. A ellos va dedicado este artículo, que tiene como propósito no el de revisar las aportaciones concretas de ciertos hombres a la crítica feminista, porque no *las ha habido*, sino el de observar cómo la crítica feminista y lesbiana ha dialogado con ciertos teóricos gai y con cierta teoría queer.

La antropología, desde sus comienzos<sup>1</sup>, se encargó de elaborar el catálogo de la diversidad de sexuales que existen en las sociedades humanas; casi un siglo después, la antropología contemporánea<sup>2</sup> sugiere que ni siquiera hay una fórmula infalible para decidir a priori qué actos son (o no son) específicamente sexuales<sup>3</sup>. Todas las codificaciones de lo sexual, diversas a lo largo del tiempo y entre culturas, comparten, sin embargo, un hecho común, el actuar -y lo digo con Foucault- en "beneficio del locutor".

<sup>1</sup>Véanse, por ejemplo, dos libros y dos autores clásicos: Margaret Mead (1928): *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Barcelona: Planeta-Agostini, 1985, y Bronislaw Malinowski (1972): *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona: Planeta-Agostini, 1986. Es interesante ver que, a pesar del casi medio siglo que media entre la escritura de ambos textos, en Malinowski se pueden encontrar juicios de valor tremendamente perturbadores del estilo de éste: "Como es posible que ocurra en muchas comunidades de moral sexual relajada, hay una total ausencia de *prácticas antinaturales y perversiones sexuales*" (54; subrayados míos). Todas las minorías sexuales saben que, en una práctica retórica de siglos, los términos "conductas antinaturales" y "perversiones sexuales" se refieren a ellas.

<sup>2</sup>Véanse Roger N. Lancaster y Micaela di Leonardo (eds.): *The Gender/Sexuality Reader. Culture, History, Political Economy*. London: Routledge, 1997, y también Don Kulick y Margaret Wilson: *Taboo: Sex, Identity and Erotic Subjectivity in Anthropological Fieldwork*. London: Routledge, 1995.

<sup>3</sup>Freud, en su ensayo "El tabú de la virginidad", observa cómo, en ciertas sociedades "primitivas" (sic.), incluso la cópula heterosexual, el "acto sexual" por excelencia, tenía, en determinadas circunstancias, más valor *ritual* que *sexual* (el ensayo está incluido en el libro editado por Alicia Roig, pp. 101-116).

Es por ello que la nueva actitud crítica posmoderna atiende a la puesta en discurso(s) de la sexualidad, atiende a la voluntad que mueve a esos discursos y a la intención estratégica que los sostiene. En su *Historia de la sexualidad* Foucault argumenta que los discursos acerca de la sexualidad no buscan controlarla, ni enmascarar lo que pueda tener de indiscreto, sino *producir* sexualidad, *producción* que él entiende como un dispositivo histórico cuya razón de ser no es el hecho biológico y social de la reproducción, sino el de fabricar cuerpos dóciles y controlar las poblaciones de manera cada vez más global; es el dispositivo con/por el que, desde el siglo XIX, "el cuerpo social entero fue dotado de un 'cuerpo sexual'" (155).

La investigación posmoderna sobre la **sexualidad ha hecho** que se modifique el enfoque heurístico, que se ha desplazado desde la (supuestamente mera) *descripción* de las sexualidades a la *producción* de sexualidad; el interés posmoderno se ha desplazado hacia

formas de sexo y de sexualidad que normalmente no son tenidas por tales: contra-sexos, anti-sexos, sexos compuestos, que pueden funcionar, y de hecho lo hacen, como placeres y obsesiones autónomas (...) Pequeñas sexualidades consideradas de alguna manera por debajo o fuera del marco del sexo real" o "auténtico", ese marco que designa ciertas formas de sexo como las apropiadas, la propiedad de ciertos cuerpos, conocimientos y objetos (Grosz y Probyn: x-xi)<sup>1</sup>.

Obviamente, la biología es un requisito para la sexualidad humana, pero ésta no puede entenderse en términos puramente biológicos o instintuales<sup>2</sup>; al contrario, los seres humanos desarrollamos nuestra existencia en un contexto social, que se con la mediación del lenguaje y a través de una infinita -en tanto que dinámica y en continuado proceso de cambio- red de símbolos y significaciones. Lo cultural juega un papel más importante en la determinación de los comportamientos humanos que lo biológico, eso que de hecho compartimos con otros animales no humanos<sup>3</sup>.

<sup>1</sup>Todas las traducciones de las citas de este artículo son mías.

<sup>2</sup>Creo imprescindible recordar aquí que ya para Freud, desde el comienzo de sus investigaciones, la sexualidad nunca es una esencia fija o dada, sino un recorrido, prolongado y sinuoso, a lo largo del cual va sufriendo diversos avatares hasta que llega a establecerse aunque siempre de forma precaria- de manera más o menos definitiva. Freud parte de la consideración fundamental de que los seres humanos somos seres deseantes: la explicación del deseo y de la sexualidad humana van a ser preocupaciones fundamentales en su obra y en todo el psicoanálisis posterior.

<sup>3</sup>Incluso la supuesta "naturalidad" de la sexualidad animal es problemática y se ha problematizado. Véase Elizabeth Grosz: "Animal sex: Libido as Desire and Death", en Grosz y Probyn (eds.), 278-279.

Es la sexualidad, concebida como conjunto de prácticas construidas discursivamente y altamente reguladas, la que establece la noción de "sexo". La crítica feminista posmoderna, en sintonía con las investigaciones sobre la sexualidad de Foucault, sostiene que el sexo no es un hecho biológico preexistente, sino que se construye en el curso de prácticas sociales históricamente determinadas; una de las discípulas más afamadas de Foucault, Judith Butler, sostiene que "As a regulatory regime, sexuality operates primarily by investing bodies with the category of sex, that is, making bodies into the bearers of a principle of identity" (Butler 1993: 88; los subrayados son míos).

Decir que un cuerpo es de éste o aquél sexo parece, en principio, una afirmación meramente descriptiva; y sin embargo una afirmación semejante, por inocente o evidente que pueda parecer, constituye, por sí misma "a legislation and a production of bodies" (Butler 1993: 88). Por eso me ha sorprendido leer a David Halperin, uno de los grandes historiadores de la homosexualidad masculina, afirmar

El sexo no tiene historia. Es un hecho natural, fundado en el funcionamiento del cuerpo y, como tal, está fuera de la historia y de la cultura. La sexualidad es una producción cultural: representa la apropiación del cuerpo humano y de sus capacidades fisiológicas por un discurso ideológico. La sexualidad no es un acto somático; es un efecto cultural. La sexualidad sí tiene una historia, aunque (...) no muy larga. (416).

Al contrario de lo que afirma Halperin, el sexo es también un "efecto cultural" y también tiene una historia, sin duda más secreta y menos contada todavía que la de la sexualidad, aunque haya por fin empezado contarse<sup>1</sup>. Y es que el sexo, "exactamente lo mismo que ser humano es contextual. Los intentos de aislarlo de su *milieu* discursivo y socialmente determinado están condenados al fracaso" (Laqueur, 16). A pesar de todo, lo que no deja de llamar la atención en cualquier estudio de la sexualidad humana es que es el cuerpo femenino el que se problematiza y se hace inestable; el cuerpo masculino es siempre el modelo contra el cual se especula la sexualidad femenina, sobre un eje cuyo *telos* es androcéntrico. Es siempre la sexualidad femenina la que está siendo (re)constituida: la mujer es la categoría vacía, el signo cambiante, móvil.

La sexualidad en las sociedades occidentales ha sido estructurada dentro de un marco social estrechamente punitivo. Desde el siglo XVIII o XIX los distintos focos que entran en actividad para suscitar los discursos sobre el sexo son la medicina, la psiquiatría, la justicia penal y toda la serie de controles sociales que filtraban lo permitido de lo prohibido, lo saludable de lo perverso,

<sup>1</sup>Véase Thomas Laqueur, su libro *Making Sex. Body and Gender from the Greeks to Freud*.

lo normal de lo patológico. La explosión discursiva alrededor de la sexualidad de los siglos XVIII y XIX va a provocar modificaciones en el sistema en dos direcciones: primero, instituyendo una política de silencio alrededor de la monogamia heterosexual, y, segundo, desplazando el centro de interés hacia las sexualidades "periféricas". Esta caza de las *otras* sexualidades produce "una incorporación de las perversiones y una nueva especificación de los individuos" (Foucault: 56) que persigue no tanto suprimir esa existencia diversa, sino darle una realidad analítica, visible y permanente. Por otro lado, la explosión discursiva sobre el sexo ha tenido un "efecto secundario" y absolutamente novedoso en la historia cultural, con el que seguramente no contaba el poder sexual hegemónico: el de que se hiciese posible formular, alrededor de la sexualidad, la identidad<sup>1</sup> (individual y colectiva) y las políticas identitarias, operación que ha movilizado a colectivos sexuales enteros por la consecución de la igualdad de derechos civiles.

También durante los últimos veinte años la investigación feminista y lesbiana y *gai* han sido pioneras en el esfuerzo por colocar a la sexualidad humana dentro de la agenda académica. Mientras que la tradición sexológica decimonónica consideraba la sexualidad un fenómeno biológico y psicológico y describía como patologías todas las conductas sexuales que se separaran de la norma heterosexual, la teoría contemporánea de la sexualidad<sup>2</sup> da relevancia al papel de lo social y lo cultural en la conformación de la sexualidad humana; al mismo tiempo, la heterosexualidad deja de ser considerada como norma, con lo que ha quedado al descubierto su carácter de construcción obligatoria y se ha abierto al escrutinio crítico.

Contra toda forma de esencialismo identitario, la crítica posmoderna *lesbigai* sostiene que lesbianas y *gais* son el producto de la historia, y sólo han comenzado a existir en un momento histórico específico, marcado por el advenimiento del capitalismo, que posibilitó la formación de comunidades urbanas de lesbianas donde germinaron, más recientemente, las políticas basadas en el concepto de identidad sexual (D'Emilio, Faderman, Vicinus).

<sup>1</sup>Entiendo aquí, con Tamsin Wilson, que la identidad es "más un proceso que como una propiedad. Es producida por y está localizada en ese terreno común (al mismo tiempo permeable a y saturado con significados) entre la 'cultura' (entendida como conjunto de prácticas textuales y discursivas) y el 'yo' -entendido como proceso reflexivo de narrativización-. (Wilson: 83).

<sup>2</sup>Por ejemplo, véanse los textos: Ann Snitow, Christine Stansell y Sharon Thompson (eds.): *Powers of Desire: The Politics of Sexuality*. New York: Monthly Review Press, 1983, Carole S. Vance (ed): *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Talasa, 1989, o un libro ya clásico dentro de los análisis feministas de la sexualidad, Pat Caplan: *The Cultural Construction of Sexuality*. London: Routledge, 1987.

Según Foucault, en el caso de la homosexualidad, la reticencia institucional a hablar de ella le permitió un doble funcionamiento: por un lado, la extrema severidad en los controles sociales, pero, por otro,

también la constitución de un discurso 'de rechazo': la homosexualidad se puso a hablar de sí misma, a reivindicar su legitimidad o su 'naturalidad' incorporando frecuentemente al vocabulario las categorías con que era médicamente descalificada (123-124).

Toda vez que el nombre ('lesbiana', 'gai') y el rol social existen, su existencia "capacita a los individuos a dar significado a su experiencia, significado que no era posibles antes" (Wilson: 40-41); lo que pone de manifiesto que la identidad sexual no puede entenderse en términos exclusivamente individuales y psicológicos o instintuales, sino -y seguramente sobre todo- sociales.

Pero si, por una parte, el desarrollo de la identidad homosexual necesitó de condiciones demográficas y económicas específicas, por otra parte conviene no olvidar que el locus institucional de control social en la cultura occidental se desplazó desde el siglo XVIII de la iglesia a la medicina. El origen eclesiástico del discurso sobre la sexualidad tiene su continuación en el impulso normativo que, como subtexto moralista, atraviesa al sermón médico, moralismo más que evidente, sobre todo, en los discursos sobre las minorías sexuales. Este desplazamiento discursivo de la sexualidad del paradigma eclesiástico al médico -de la noción de "pecado" a la noción de "enfermedad"- fue también prerrequisito para el desarrollo de la idea moderna de "identidad sexual". El proceso por el cual una mujer y un hombre llegan a identificarse o no como lesbiana y gai no depende exclusivamente de su propia percepción o de su aceptación de su deseo homoerótico; el proceso de reconocimiento y de identificación de la propia identidad sexual y el significado que esa identificación tengan estará siempre marcado por el significado social adscrito a la homosexualidad (Richardson).

Del hecho de que la homosexualidad sea vista como amenaza a la organización social, se deriva la importancia de saber quién es la/el homosexual, y cómo reconocerla/lo. Esta actitud inquisitiva e inquisitorial alrededor de las homosexualidades está en marcado contraste con la construcción de la heterosexualidad, cuya posición privilegiada como norma hegemónica ha hecho que la expresión *identidad heterosexual* parezca un concepto redundante: es toda otra identidad sexual la que tiene que definirse *contra* la norma; ésta, precisamente por su estatuto de norma, permanece en un estadio no teorizado e incluso pre-teórico.

Según Diana Fuss, una perspectiva construccionista de la identidad homosexual

abre la puerta al estudio de la producción de todas las identidades sexuales, incluyendo (y crucialmente) la heterosexualidad; para el construccionismo la heterosexualidad no es 'natural' o 'dada', como tampoco lo son las clasificaciones sexuales no-hegémónicas (1989: 108).

La incapacidad de la investigación tradicional para desenredar el género del sexo biológico por un lado, y ambos de la elección de objeto libidinal por otro, ha llevado a que la heterosexualidad se entienda como "*gender-conformative* behaviour and homosexuality as *gender-deviant behaviour*" (Butler, 1993: 124).

No obstante, historiar las políticas identitarias ha puesto de manifiesto que toda identidad es una ficción contingente, y el resultado de toda una serie de procesos históricos, sucesivos o incluso simultáneos- de narrativización, es decir, de ficcionalización; la historia de esa ficción

revela de un modo especialmente diáfano cómo opera el poder a través del discurso (...) De hecho, las pugnas sobre la noción de identidad sexual amenazan con desestabilizar no sólo las fronteras entre disciplinas, sino las premisas fundamentales de la propia ciencia, y los marcos conceptuales sobre los que se construye el concepto (ciertamente modernista) de identidad (Wilson: 66).

Desde una posición socio-histórica posmoderna la identidad sexual no es una *esencia* sino un *estado* (que-puede-sertransitorio), una *posición*; Marilyn Farwell, en su reflexión sobre la identidad lesbiana, ilustra esta "posición" epistemológica posmoderna al advertir que:

El ahistoricismo y el esencialismo son los problemas centrales a la hora de intentar definir a la lesbiana. Creo que alguno de esos problemas se eliminan cuando se habla de la lesbiana como un espacio en lugar de como una esencia (69).

La crítica queer mantiene que no existe una esencia (una naturaleza) homosexual fuera de la cultura y de la historia. Tampoco una esencia *mujer*. El que las relaciones sexuales entre mujeres se hayan dado en todo tiempo y lugar no implica que siempre haya habido ni que en todas partes haya *lesbianas*. Lillian Faderman, historiadora de la "amistad romántica" entre mujeres y de la comunidad lesbiana estadounidense en el siglo XX, insiste en que los sexólogos del siglo pasado no estaban *describiendo* a un tipo preexistente de persona -la "lesbiana"-, sino que la estaban *creando*, y ese proceso de "creación" puso en movimiento un mecanismo individual y colectivo imparable, al permitir a la "lesbiana" autodefinirse, organizarse, existir como ser social y desarrollar una subjetividad lesbiana (Faderman, 1981, 1991). Martha Vicinus, historiadora

lesbiana, defiende en cambio que la identidad lesbiana ni es el resultado de la independencia económica, ni de la ideología individualista consustancial a la implantación del capitalismo, aunque ambos factores hayan posibilitado la opción de formas de vida independientes a las mujeres; y alerta sobre la debilidad y/o falta crónica de datos (desde mi punto de vista, auténtica y exasperante imposibilidad de la narración histórica, si entendemos por ésta, en el sentido tradicional, 'narración de hechos del pasado') que asedian a la escritura de la historia de la sexualidad femenina, indispensable, a su vez, para la escritura de la historia del lesbianismo. El exiguo puñado de datos debe servir de advertencia sobre la veleidad de la construcción de un lesbianismo y una identidad lesbiana. Dice Vicinus:

A pesar de la debilidad de todos los modelos explicativos vigentes, lo fragmentario de los datos y una tendencia especialmente fantasmagórica a la inmanencia se burla de las investigadoras. La sexualidad de las mujeres, polimorfa e incluso amorfa, es una invitación a múltiples estrategias interpretativas. Discontinuidad y reticencia no significan silencio o ausencia. Muchas historias lesbianas, contradistorias, complejas e incluso incómodas, podrían ser contadas (435-436).

En fin, que 'lesbiana', 'gai' o 'mujer' son signos tan móviles como cualesquiera otros (excepto seguramente, y aun en estos tiempos posmodernos, el de 'hombre'). El discurso contemporáneo sobre la identidad sexual parece haber recorrido un círculo completo, y las que una vez fueron (¿fueron?) poderosas condiciones ontológicas del ser ("hetero/homosexual") han sido desconstruidas hasta dejar al descubierto su naturaleza ficcional; y también al descubierto han quedado las formas en que esas ficciones han sido sostenidas como la verdad a través de las prácticas discursivas de los grupos sociales hegemónicos (hombres, heterosexuales) para mantener su dominio sobre los grupos subordinados (mujeres, homosexuales). Las políticas y estrategias identitarias son todo menos irrelevantes para los grupos subordinados, y es por ello que la identidad sexual es una de las "ficciones necesarias", como las describió Jeffrey Weeks, para la liberación colectiva. Para su supervivencia y resistencia como grupo, todo colectivo oprimido debe establecer una conciencia de identidad, por rudimentaria o tenue que sea, alrededor de la que organizarse. Las políticas identitarias pueden parecer *naïves* al puñado de teóricas/os que viven en la torre de marfil de la teoría académica, pero la noción de 'identidad' es imprescindible, estratégica y políticamente, en las luchas de los grupos oprimidos. La construcción tanto del género (qué es lo 'femenino', lo 'masculino') como de la sexualidad (lo 'hetero', lo 'homo'), son procesos no neutrales sino ideológicos, en los que se desarrollan batallas por el poder; ambos discursos (el del género, el de la sexualidad) buscan garantizar a la masculinidad y a la heterosexualidad su estatuto de categorías hegemónicas, con lo cual la supremacía masculina está garantizada.

## BIBLIOGRAFIA.

- BUTLER, Judith: "Sexual Inversions", en Caputo, J. y Yount, M. (eds.): *Foucault and the Critique of Institutions*. Pennsylvania State University Press, 1993, 81-98.
- D'EMILIO, John: *Sexual Politics, Sexual Communities? The Making of a Homosexual Minority in the United States: 1940-1970*. Chicago: The University of Chicago Press, 1983.
- EADERMAN, Lillian: *Surpassing the Love of Men: Romantic Friendship and Love Between Women from the Renaissance to the Present*. London: The Womens Press, 1981.
- Odd Girls and Twilight Lovers. A History of Lesbian Life in Twentieth-Century America*. London: Penguin, 1991.
- EARWELL, Marilyn: "Toward a Definition of the Lesbian Literary Imagination", en Wolfe, S. y Penelope, J. (eds.): *Sexual Practice, Textual Theory. Lesbian Cultural Criticism*. Cambridge, Ma & Oxford: slackwell, 1993.
- FOUCAULT, Michel: *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI, 1984
- FUSS, Diana: *Essentially Speaking. Feminism, Nature & Difference*. New York & London: Routledge, 1989.
- GROSZ, Elizabeth y Elspeth Probyn (eds.): *Sexy Bodies. The Strange Carnalities of Feminism*. London & New York: Routledge, 1995.
- HALPERIN, David M.: "Is There a History of Sexuality?", en Ablove, H., Barale, M. y Halperin, D. (eds.): *The Lesbian and Gay Studies Reader*. New York & London: 1993, 416-431.
- LAQUEUR, Thomas: *Making Sex. Body and Gender from the Greeks to Freud*. Cambridge: Harvard University Press, 1990.
- RICHARDSON, Diane: "Lesbian identitie", en Hart, J. y Richardson, D. (eds.), *The Theory and Practice of Homosexuality*. London: Routledge, 1981.
- VICINUS, Martha: "They Wonder to Which Sex I Belong: The Historical Roots of the Modern Lesbian Identity", en Ablove, Barale y Halperin (eds.), 432-452.
- WILSON, Tamsin: *Lesbian Studies*. London: Routledge, 1996.